

FBOE 166001



El Siervo de Dios **JOSEMARÍA
ESCRIVÁ DE BALAGUER**
Fundador del Opus Dei

VICEPOSTULACIÓN DEL OPUS DEI EN ESPAÑA. Diego de León, 14. 28006 Madrid

Esta HOJA INFORMATIVA se publica con censura eclesiástica de la Congregación para las Causas de los Santos.

Primer semestre 1989

Dep. Leg. B. 6.592-1968
Imp. de Sant Josep, S.A. - Manresa

Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás nació en Barbastro (España), el 9 de enero de 1902. Cursó el bachillerato en Barbastro y Logroño, y los estudios eclesiásticos en la Universidad Pontificia de Zaragoza, donde consiguió la licenciatura en Sagrada Teología. Más tarde, en Roma, obtendría el grado de Doctor.

Cursó la carrera de Derecho civil en la Universidad de Zaragoza, y se doctoró luego en la Universidad de Madrid. En 1960 recibió el grado de Doctor *honoris causa* en Filosofía y Letras; por la Universidad de Zaragoza. Fue el primer Gran Canciller de las Universidades de Navarra, en España, y de Piura, en Perú.

Ordenado sacerdote el 28 de marzo de 1925, inició su labor pastoral en parroquias rurales y, desde 1927, entre los pobres y enfermos de las barriadas extremas y de los hospitales de Madrid. Algunos años más tarde fue nombrado Rector del Real Patronato de Santa Isabel, también en Madrid, cargo que desempeñó hasta 1946, cuando trasladó su residencia a Roma.

Fue Consultor de diversas Comisiones Pontificias y Congregaciones de la Santa Sede, Prelado Doméstico de Su Santidad y Miembro de la Pontificia Academia Romana de Teología.

El 2 de octubre de 1928, en Madrid, había fundado el Opus Dei, camino de santificación en medio del mundo y fermento de intensa vida cristiana en todos los ambientes. El 14 de febrero de 1930, Monseñor Escrivá de Balaguer fundaba la Sección de mujeres del Opus Dei; y el 14 de febrero de 1943, dentro del Opus Dei, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. El Opus Dei recibió la aprobación definitiva de la Santa Sede el 16 de junio de 1950; y el 28 de noviembre de 1982 fue erigido como Prelatura personal, forma jurídica introducida en el Derecho de la Iglesia por el Concilio Vaticano II, que era la deseada y prevista por Monseñor Escrivá de Balaguer.

Con oración y penitencia constantes, y con una continua e incondicionada entrega a la Voluntad de Dios, el Padre —como le llamamos sus hijas y sus hijos, y otros muchos miles de personas de toda condición— ha impulsado y guiado la expansión del Opus Dei por todo el mundo, a lo largo de 47 años. Cuando su Fundador rindió su alma a Dios, el Opus Dei estaba ya extendido en los cinco Continentes, y contaba con más de 60.000 miembros de 80 nacionalidades, al servicio de la Iglesia con el mismo espíritu de plena unión y veneración al Papa y a los Obispos, que vivió siempre Monseñor Escrivá de Balaguer e inculcó a sus hijos.

La Santa Misa era la raíz y el centro de la vida interior del Fundador del Opus Dei. El hondo sentido de su filiación divina le movía a buscar en toda la más completa identificación con Jesucristo, a tener una tierna y fuerte devoción a la Virgen Santísima y a San José, a un trato habitual y confiado con los Santos Angeles Custodios, y a ser sembrador de paz y de alegría por todos los caminos de la tierra.

Monseñor Escrivá de Balaguer había ofrecido su vida, repetidas veces, por la Iglesia y por el Romano Pontífice. El Señor acogió ese ofrecimiento, y el Padre entregó santamente su alma a Dios, en Roma, el 26 de junio de 1975, en su habitación de trabajo, con la misma sencillez que caracterizó toda su existencia.

Su cuerpo reposa en la Cripta de la Iglesia Prelaticia de Santa María de la Paz —viale Bruno Buozzi 75, Roma—, continuamente acompañado por la oración y el agradecimiento de sus hijas e hijos, y de incontables personas que se han acercado a Dios, atraídas por el ejemplo y las enseñanzas del Fundador del Opus Dei. La causa de beatificación y canonización de Monseñor Escrivá fue introducida en Roma el 19 de febrero de 1981.

Portada: Monseñor Escrivá de Balaguer en La Chacra, Buenos Aires (Argentina). Junio de 1974.

La unidad de vida del cristiano

EXCLUIDO DE PRESTAMO

La vida de un cristiano se desarrolla en campos tan distintos como las realizaciones de los hombres: el trabajo profesional, las obligaciones familiares, las relaciones sociales, los deberes cívicos, las aspiraciones de justicia y de progreso, las aficiones, el descanso... El cristiano sufre además, como las otras personas, el dolor, la enfermedad, las contrariedades. Esta diversidad de actividades y situaciones constituye para él la trama de su lucha para identificarse con Cristo y alcanzar la santidad. ¿Y cómo compaginar esas realidades y tan diversos deberes con aquella sola cosa necesaria —la vida de oración y de unión con Dios (1)— que el Señor espera de cada uno?

La unidad del fin —la gloria de Dios y la salvación de las almas— es la fuerza que, con ayuda de la gracia, encauza todas las facetas del quehacer diario dándoles unidad. En una homilía pronunciada en el *campus* de la Universidad de Navarra, en 1967, el Fundador del Opus Dei se expresaba así: **Dios os llama a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir (2).**

Esta ha sido una enseñanza constante del Siervo de Dios desde que el Señor le hizo ver el Opus Dei en 1928: **¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales (3).**

La unidad de vida lleva al cristiano a hacer todo por el Señor: *ya comáis, ya bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios (4)*. Así, el trabajo profesional, como actividad fundamental en la vida de cada persona, es el campo primordial donde cada uno ha de esforzarse por alcanzar o mejorar la unidad de vida. En primer lugar —y es condición indispensable— hay que trabajar bien, lo mejor que cada uno sepa y pueda, sin buscarse a sí mismo: hay que perseguir, sobre todo, principalmente, la gloria de Dios y, por esto, rectificar una y otra vez la intención durante el trabajo. Pero además —y es una enseñanza fundamental del Fundador del Opus Dei— **en esa tarea profesional vuestra, hecha cara a Dios, se pondrán en juego la fe, la esperanza y la caridad. Sus incidencias, las relaciones y problemas que trae consigo vuestra labor, alimentarán vuestra oración. El esfuerzo para sacar adelante la propia ocupación ordinaria, será ocasión de vivir esa Cruz que es esencial para el cristiano. La experiencia de vuestra debilidad, los fracasos que existen siempre en todo esfuerzo humano, os darán más realismo, más humildad, más comprensión con los demás. Los éxitos y las alegrías os invitarán a dar gracias, y a pensar que no vivís para vosotros mismos, sino para el servicio de los demás y de Dios (5).**

Esta *unidad de vida* no es una conquista espectacular, que se consigue en un momento: es fruto de la gracia divina y del esfuerzo diario, perseverante, por vivir en presencia de Dios y *meter* al Señor en todas las cosas. A la unidad de vida se llega procurando ser almas de oración. Sólo es posible santificar el trabajo diario mediante la unión con Dios: *sin Mí no podéis hacer nada* (6). Convertir en verdadera oración el cumplimiento de los deberes de estado y de las ocupaciones ordinarias, mantener en medio de los afanes de cada día un diálogo con Dios, no requiere técnicas o métodos especiales. Basta, sencillamente, buscar al Señor en nuestro corazón para ofrecerle nuestros esfuerzos, pedirle ayuda, darle gracias...

Las ocupaciones laborales llevan así a la vida de piedad; y la piedad se alimenta de amor, de finezas de amor, en los pequeños sucesos cotidianos. Por eso aconsejaba el Siervo de Dios: **Procura atenerte a un plan de vida, con constancia: unos minutos de oración mental; la asistencia a la Santa Misa —diaria, si te es posible— y la Comunión frecuente; acudir regulamente al Santo Sacramento del Perdón —aunque tu conciencia no te acuse de falta mortal—; la visita a Jesús en el Sagrario; el rezo y la contemplación de los misterios del Santo Rosario, y tantas prácticas estupendas que tú conoces o puedes aprender** (7).

Estas prácticas de piedad, realizadas con constancia y entremezcladas con los mil pequeños deberes y actividades diarias, **te llevarán, casi sin darte cuenta, a la oración contemplativa. Brotarán de tu alma más actos de amor, jaculatorias, acciones de gracias, actos de desagravio, comuniones espirituales. Y esto, mientras atiendes tus obligaciones: al descolgar el teléfono, al subir a un medio de transporte, al cerrar o abrir una puerta, al pasar ante una iglesia, al comenzar una nueva tarea, al realizarla y al concluirla; todo lo referirás a tu Padre Dios** (8).

La plenitud de la unidad de vida sólo se alcanza en el Cielo, donde veremos a Dios cara a cara —*la vida eterna consiste en conocerte a Ti, único Dios verdadero* (9)—, y en Él a todas las cosas participando al mismo tiempo de su felicidad infinita: *ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento las cosas que Dios tiene preparadas para aquellos que le aman* (10).

Ya en la tierra es posible anticipar el goce de esa felicidad eterna, si hay una lucha concreta por referir a Dios todo lo nuestro, si existe un esfuerzo sincero por considerar todo a la luz de la fe. Para esto, es preciso elevar al orden sobrenatural todas nuestras acciones y buscar el *quid divinum* —ese algo divino— que se esconde en las situaciones ordinarias. **Si trabajamos con este espíritu, nuestra vida, en medio de las limitaciones propias de la condición terrena, será un anticipo de la gloria del cielo, de esa comunidad con Dios y con los santos, en la que sólo reinará el amor, la entrega, la fidelidad, la amistad, la alegría** (11).

(1) Cfr. *Luc X*, 42.

(2) Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Homilía *Amar al mundo apasionadamente*, 8-X-1967.

(3) *Ibidem*.

(4) *I Cor. X*, 31.

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 49.

(6) *Ioann. XV*, 5.

(7) *Amigos de Dios*, n. 149.

(8) *Ibidem*.

(9) *Ioann. XVII*, 3.

(10) *I Cor. II*, 9.

(11) *Es Cristo que pasa*, n. 49.

No se puede separar la religión de la vida, ni en el pensamiento, ni en la realidad cotidiana (*Surco*, n. 308).

Coequit facere et docere —comenzó Jesús a hacer y luego a enseñar: tú y yo hemos de dar el testimonio del ejemplo, porque no podemos llevar una doble vida: no podemos enseñar lo que no practicamos. En otras palabras, hemos de enseñar lo que, por lo menos, luchamos por practicar (*Forja*, n. 694).

La devoción sincera, el verdadero amor a Dios, lleva al trabajo, al cumplimiento —aunque cueste— del deber de cada día (*Forja*, n. 733).

Se ha puesto de relieve, muchas veces, el peligro de las obras sin vida interior que las anime: pero se debería también subrayar el peligro de una vida interior —si es que puede existir— sin obras (*Forja*, n. 734).

La lucha interior no nos aleja de nuestras ocupaciones temporales: ¡nos conduce a terminarlas mejor! (*Forja*, n. 735).

Nunca compartiré la opinión —aunque la respeto— de los que separan la oración de la vida activa, como si fueran incompatibles.

Los hijos de Dios hemos de ser contemplativos: personas que, en medio del fragor de la muchedumbre, sabemos encontrar el silencio del alma en coloquio permanente con el Señor: y mirarle como se mira a un Padre, como se mira a un Amigo, al que se quiere con locura (*Forja*, n. 738).

En nuestra conducta ordinaria, necesitamos una virtud muy superior a la del legendario rey Midas: él convertía en oro cuanto tocaba.

—Nosotros hemos de convertir —por el amor— el trabajo humano de nuestra jornada habitual, en obra de Dios, con alcance eterno (*Forja*, n. 742).

Todo el panorama de nuestra vocación cristiana, esa unidad de vida que tiene como nervio la presencia de Dios, Padre Nuestro, puede y debe ser una realidad diaria (*Es Cristo que pasa*, n. 11).

No hay —no existe— una contraposición entre el servicio a Dios y el servicio a los hombres; entre el ejercicio de nuestros deberes y derechos cívicos, y los religiosos; entre el empeño por construir y mejorar la ciudad temporal, y el convencimiento de que pasamos por este mundo como camino que nos lleva a la patria celeste (*Amigos de Dios*, n. 165).

En dos parroquias rurales

En octubre de 1972 charlaba el Fundador del Opus Dei, en una casa de retiros cercana a Bilbao, con un grupo de sacerdotes de esa y de otras diócesis vecinas: párrocos, capellanes, profesores... Comenzaba, por esos días, un largo viaje de catequisis por tierras de España y Portugal.

A los setenta años se sentía joven y alegre delante de Dios (*ad Deum qui laetificat iuventutem meam* —solía repetir con el salmista—: al Dios que alegra mi juventud), y revivía en aquellos momentos los recuerdos de la labor que, en los primeros tiempos de su sacerdocio, había ejercido en dos parroquias rurales de la provincia de Zaragoza:

—He estado dos veces en parroquias rurales. ¡Qué alegría cuando me acuerdo!... ¡Me hicieron un bien colosal, colosal, colosal! ¡Con qué ilusión recuerdo aquello! (1).

Se había ordenado el 28 de marzo de 1925 en la iglesia del Seminario de San Carlos, en Zaragoza. D. Josemaría se encontraba en esos momentos en una situación familiar difícil. Su padre había muerto algunos meses antes y él era el cabeza de familia. Debía cuidar de su madre y de sus dos hermanos, uno de ellos de cinco años. Para intentar aliviar la situación les había pedido que se trasladasen de Logroño, donde vivían, a Zaragoza donde pensaba que podría atenderles mejor.

Sin embargo, dos días después de su ordenación le comunicaron su nombramiento como Regente auxiliar de Perdiguera, un lugar a unos veinte kilómetros de Zaragoza (2). El joven sacerdote obedeció sin rechistar. Tenía el tiempo justo para hacer la maleta. Al día siguiente, martes, 31 de marzo, partió en una diligencia de mulas a su nuevo destino.



Vista de la torre de la iglesia de Perdiguera.

Se adentraron por tierras de secano hacia la sierra de Alcubierre. Emplazada en una ondulación del terreno apareció Perdiguera: un pueblo que no alcanzaba las novecientas almas. Casas humildes de cal y canto; y, descollando por encima del caserío, la iglesia. Al verla, el corazón del sacerdote se escaparía hacia el Sagrario. ¡Cuántas noches de vela había pasado acompañando al Señor en la iglesia de San Carlos! Y saludaría de lejos a Aquel a cuyo servicio venía como Regente de la parroquia.

—Para mí —confesaba el Siervo de Dios— el Sagrario ha sido siempre Betania, el lugar tranquilo y apacible donde está Cristo, donde podemos contarle nuestras preocupaciones, nuestros sufrimientos, nuestras ilusiones y nuestras alegrías, con la misma sencillez y naturalidad con que le hablaban aque-

llos amigos suyos, Marta, María y Lázaro. Por eso, al recorrer las calles de alguna ciudad o de algún pueblo, me da alegría descubrir, aunque sea de lejos, la silueta de una iglesia; es un nuevo Sagrario, una ocasión más de dejar que el alma se escape para estar con el deseo junto al Señor Sacramentado (3).

Salió a recibirle un muchacho. Se llamaba Teodoro Murillo y era hijo del sacristán. La profesión les venía a los Murillo de familia; también el abuelo había sido sacristán. Ese encargo parroquial no les daba para vivir, pero era una ayuda. El muchacho explicó al Regente que su padre, Urbano, se encontraba enfermo en la cama.

Antes de ir a la casa donde se hospedaría, quiso visitar la iglesia. Se trata de una sólida construcción en ladrillo, de estilo gótico mudéjar. La torre, maciza, sobresale entre aleros y tejadillos de curiosa tracería. El interior consta de una sola nave, con capillas laterales entre los contrafuertes. Está dedicada a Nuestra Señora de la Asunción; y en el retablo, renacentista, se representan escenas de la vida de la Virgen.

Teodoro, el monaguillo, le acompañó a la casa de los campesinos donde le tenían preparado un cuarto. Vivían allí Saturnino Arruga y su mujer Prudencia, y tenían un hijo, de unos doce años, que pastoreaba un puñado de cabras. El cuarto era limpio y muy pobre; y lo llenaba una aparatosa cama metálica de gruesos colchones. El Siervo de Dios utilizó poco esta cama, pues con frecuencia, como mortificación prefería dormir en el suelo. Más tarde, con sentido del humor, comentaría que como la cama quedaba tan alta, para subirse, había que tomar carrerilla y dar un salto...

Años más tarde evocaría el gozo de saber que el Señor Sacramentado está presente en el Sagrario, cuando el sacerdote con sus manos consagradas lo deja en el tabernáculo, después de la Consagración:

—¿Y la alegría de dejarlo allí, realmente presente, con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y con su Divinidad, a presidir toda la vida cristiana de la parroquia, a esperar que vayamos a decirle que le queremos? Sí, el Sagrario

tiene que ser un punto muy importante en la vida del sacerdote: la limpieza, las flores, los ornamentos sagrados: todo, todo (4).

Aunque Perdiguera tenía pocos habitantes, el afán de almas de D. Josemaría supo descubrir innumerables quehaceres que le llenaban las horas del día (5).

Celebraba la Santa Misa cantada a diario, aunque pocos eran los asistentes, pues desde el alba les reclamaban las faenas del campo. Por las tardes se rezaba en la iglesia el Santo Rosario y se celebraba una Bendición solemne con exposición del Santísimo. Los jueves dirigía la hora santa pero lo que más impresionaba a Teodoro, el monaguillo, era la frecuencia con que el sacerdote se sentaba en el confesonario. «Celebraba la Santa Misa —refiere Teodoro Murillo— con mucha devoción; antes de la Santa Misa se sentaba un buen rato en el confesonario. Luego, a lo largo del día, pasaba siempre, a horas fijas, otro tiempo en el confesonario» (6). El deseo de don Josemaría era que todos sus feligreses pudieran y quisieran acceder al Sacramento de la Penitencia, para que comulgasen al menos en tiempo pascual. Con esta ilusión se armó de paciencia y, poco a poco, se fueron acercando.

—Sentaos en el confesonario todos los días —aconsejaba a los sacerdotes—, o por lo menos dos o tres veces a la sema-



Casa de las mangas, donde vivió el Siervo de Dios, durante su estancia en Perdiguera.

na, esperando allí a las almas como el pescador a los peces. Al principio, quizá no venga nadie. Llevaos el breviario, un libro de lectura espiritual o algo para meditar. En los primeros días podréis; después vendrá una viejecita y le enseñaréis que no basta que ella sea buena, que debe traerse a los nietos pequeños. A los cuatro o cinco días vendrán dos chiquillas, y después un chichote, y luego un hombre, un poco escondidas... (7).

Su celo le llevaba de un lado a otro. En menos de dos meses, visitó a todas las familias del pueblo, casa por casa, removiéndolos en el amor de Dios. Aunque por aquella época sólo se solía llevar la Sagrada Comunión a los enfermos graves y en procesión; el Siervo de Dios la llevaba a todos los enfermos que la pidiesen y en privado (8).

Pronto descubrió en sus visitas a los vecinos de Perdiguera los flacos conocimientos religiosos de los padres y la ignorancia de los pequeños. Reunió, pues, en grupos a los chiquillos en la iglesia para explicarles el catecismo y preparar a algunos de ellos para la primera Comunión.

De uno de aquellos niños que escuchaba su catequesis, el Siervo de Dios recordaba una anécdota que no dejó de aprovechar para su vida espiritual y para su predicación. Le daba mucha pena su ignorancia religiosa; y, en ratos perdidos, cuando podía, le fue preparando para hacer la primera Comunión.

Un día, para ver cómo asimilaba la doctrina, le preguntó qué le gustaría hacer si fuera muy rico. Se quedó perplejo el muchacho. No sabía en qué consistía ser rico. D. Josemaría lo explicó como pudo:

—Ser rico es tener muchas fincas y, en lugar de cabras, unas vacas muy grandes. Después, ir a reuniones, cambiarse de trajes tres veces al día... ¿Qué harías si fueras muy rico? Abrió mucho los ojos, y me dijo por fin: —Me comería ¡cada plato de sopas con vino!...

Todas las ambiciones son eso; no vale la pena nada. Es curioso, no se me ha olvidado aquello. Me quedé muy se-



Vista de Perdiguera. Sobre los tejados de las casas destaca la torre de la iglesia.

rio, y pensé: Josemaría, está hablando el Espíritu Santo. Esto lo hizo la Sabiduría de Dios, para enseñarme que todo lo de la tierra era eso: bien poca cosa (9).

Aprovechaba concienzudamente las horas, porque sentía con urgencia las necesidades de aquellas almas. Algunos colegas de los pueblos vecinos se extrañaban de que don Josemaría no dispusiera de un rato para salir con ellos de paseo o echar juntos una partida a las cartas. A su entender, estaba demasiado pegado a su iglesia, metido en el confesonario y orando siempre ante el Santísimo. El Siervo de Dios no se libró de que algunos de los curas de los alrededores, con más espacio para el ocio y el descanso, le pusieran el apodo de «el místico».

El 18 de mayo de 1925 cesó en su cargo. Los libros de registro de la parroquia sólo dan fe de los sucesos oficiales ocurridos durante su estancia: cuatro bautismos y una defunción (10). Consta, sin embargo, que toda Perdiguera sintió su marcha. Cincuenta años más tarde, al conocer la muerte de Mons. Escrivá de Balaguer, Teodoro reavivaba en su alma la huella imborrable que le causó su trato cuando él era monaguillo:

—«De los sacerdotes que han pasado por el pueblo es D. Josemaría quien ha dejado en mí, y no sabría decir exactamente por qué, un recuerdo imborrable» (11).

El segundo destino a una parroquia rural también le llegó a don Josemaría en momento muy inoportuno. Tenía el permiso del arzobispo de Zaragoza y hechos los preparativos para ir a Madrid a cursar el doctorado en Derecho. Al mismo tiempo, el Rector de la Basílica de San Miguel de Madrid reclamaba urgentemente su presencia, por necesidades pastorales. En estas circunstancias recibió una notificación de la curia de Zaragoza, con un destino temporal e inmediato en la parroquia de Fombuena, durante la Semana de Pasión y la Semana Santa de 1927 (12). La respuesta —dando muestras de absoluta disponibilidad— fue inmediata: cambió los planes del traslado a Madrid y se dispuso enseguida a cumplir este nuevo encargo pastoral.

Escribió al párroco de Badules, del que dependía la parroquia de Fombuena, y éste le contestó dándole detalles del viaje. Fombuena era una aldea de 250 habitantes, perdida en los límites de la provincia. Para llegar allí había que tomar un tren en Zaragoza, luego un autobús y finalmente una caballería. «En esos días —continuaba diciendo el párroco— no será mucho el quehacer, predicar alguna plática el Domingo y viernes de Dolores y Semana de Pasión, el Viernes Santo doctrina para niños y niñas, de 11 a 12, celebrar por la mañana Misa y alguna confesión que no pasarán de las diez o doce ningún día, y por la tarde novena, rosario y nada más» (13).

Del sábado 2 de abril hasta el 18 de ese mes lo pasó en Fombuena. Los libros parroquiales no registran nacimientos ni defunciones por esas semanas en aquel pueblecito. Pero sí podemos estar seguros de que con la llegada de don Josemaría el Señor siguió bien acompañado:

—Mienten —o están equivocados— quienes afirman que los sacerdotes estamos solos: estamos más acompañados que nadie, porque contamos con la continua compañía del Señor, a quien hemos de tratar ininterrumpidamente.

—¡Somos enamorados del Amor, del Hacedor del Amor! (14).

- (1) RHF 20760, p. 69.
- (2) Cfr. Libro de Registro de Documentos Arzobispales, fol. 278, n. 2697, 30 de marzo de 1925.
- (3) *Es Cristo que pasa*, n. 154.
- (4) RHF 20166, p. 269.
- (5) Cfr. *ibidem*, p. 263.
- (6) Declaración a futura memoria de Teodoro Murillo (AGP, RHF T-02849).
- (7) RHF 20166, p. 265.
- (8) Cfr. *ibidem*, p. 264.
- (9) *Ibidem*, p. 264.
- (10) Cfr. Archivo de la Iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de Perdiguera, Libro de Bautismo, tomo VII, fol. 44 y Libro de Defunciones, tomo VII, fol. 22.
- (11) Declaración a futura memoria de Teodoro Murillo (AGP, RHF T-02849).
- (12) Cfr. Libro de Registro de Documentos Arzobispales (1922-1942) de la Archidiócesis de Zaragoza, fol. 300, n. 3190.
- (13) Carta de D. Leandro Beltrán Marqués, de 26-III-1927, al Siervo de Dios (AGP, RHF D-15334).
- (14) *Forja*, n. 38.

Bajo su impulso espiritual

Con su heroica fidelidad a la Voluntad divina, con oración y mortificación incansantes, y poniendo en su empeño un trabajo lleno de esperanza, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer inspiró y dirigió, durante 47 años, el desarrollo apostólico del Opus Dei en todo el mundo.

La tarea principal de la Obra es la formación de sus miembros para que cada uno, individualmente, ejercite su labor apostólica de cristiano en el mundo y en la sociedad.

El apostolado esencial del Opus Dei —en palabras de su Fundador— es el que desarrolla individualmente cada miembro en el propio lugar de trabajo, con su familia, entre sus amigos. Una labor que no llama la atención, que no es fácil traducir en estadísticas, pero que produce frutos de santidad en millares de almas, que van siguiendo a Cristo, llamada y eficazmente, en medio de la tarea profesional de todos los días (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 71).

Sin embargo, tal como él mismo respondía a la pregunta de un periodista: **Además, el Opus Dei, como corporación, promueve, con el concurso de una gran cantidad de personas que no pertenecen a la Obra —y que muchas veces no son cristianas—, labores corporativas, con las que procura contribuir a resolver tantos problemas como tiene planteados el mundo actual. Son centros educativos, asistenciales, de promoción y capacitación profesional, etcétera** (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 84).

Iremos reseñando aquí, con forzada brevedad, algunas de las muchas obras apostólicas que, con diversas características, según las necesidades del lugar o del momento, han nacido bajo el impulso espiritual del Fundador del Opus Dei.

MIDTOWN SPORTS AND CULTURAL CENTER

Chicago

El Near West Side de Chicago tiene las características de cualquier barrio popular de una gran ciudad americana: construcciones sencillas, pequeños apartamentos y muchos niños. Pero además es una zona de contrastes. Junto a los edificios recién construidos para estudiantes de la Universidad de Illinois, se alza un sinfín de casas habitadas por gentes que hacen del Near West Side un *Melting pot*: un conglomerado de razas y procedencias diversas, que sellan con su aire peculiar todos los rincones. Al caminar por sus calles se encuentran tiendas pequeñas que se anuncian en inglés, castellano e italiano. Aquí trabajó una santa canonizada, la Madre Cabrini; y tuvo su cuartel general uno de los *gangsters* más famosos del mundo; Al Capone.

En este barrio se alza Midtown Center, que actualmente ocupa tres edificios de sabor victoriano. La casa principal es una mansión de ladrillo rojo, construida antes del famoso incendio que destruyó la mayor parte de Chicago en 1871. Allí se encuentran el oratorio, la biblioteca, un salón de reuniones, una sala de estar y varios despachos: dirección, secretaria... Las aulas se alojan en las dos plantas del segundo edificio. El tercer bloque lo ocupa el gimnasio. En el centro de los edificios, formando una pequeña plaza, se halla la pista polideportiva, escenario habitual de los partidos de baloncesto, hockey...

Las actividades de Midtown comenzaron en 1963. El inicio fue un club de bachilleres que



Varios socios en la puerta del club.

ofrecía distintas posibilidades culturales y deportivas. En 1972 se transformó en un centro de formación profesional; aunque sin dejar de lado el deporte, que es parte importante en la educación de los estadounidenses. Al igual que nuestra ciudad, Midtown Center es un conglomerado de razas y de procedencias: americanas del sur y del norte, asiáticas y europeas se dan cita en el Centro, como manifestación plástica de la verdad de unas palabras de Mons. Escrivá de Balaguer: **Jesús no se dirigió a un grupo de privilegiados, sino que vino a revelarnos el amor universal de Dios. Todos los hombres son amados de Dios, de todos ellos espera amor. De todos, cualesquiera que sean sus condiciones personales, su posición social, su profesión u oficio** (1).

Este Centro cultural pretende ayudar a los muchachos de condición social humilde, que no encuentran en su ambiente cultural la motivación suficiente para terminar con éxito la enseñanza secundaria y acceder a la Universidad. A través de los diversos programas, cada estudiante adquiere una formación académica complementaria, que le capacita profesionalmente y le ayuda a plantearse metas más altas en su vida. Por otro lado, reciben clases de formación del carácter, dirigidas a desarrollar el sentido de responsabilidad personal y el ideal de servicio, principalmente a través del trabajo. De este modo tienen la oportunidad de adquirir una educación de alta calidad y una sólida formación cristiana que les capacita para ayudar

en la construcción de una sociedad más justa. Estos objetivos son un reflejo de la doctrina predicada por el Fundador del Opus Dei: **hemos de dar lo que recibimos, enseñar lo que aprendemos; hacer partícipes a los demás —sin engreimiento, con sencillez— de ese conocimiento del amor de Cristo. Al realizar cada uno vuestro trabajo, al ejercer vuestra profesión en la sociedad, podéis y debéis convertir vuestra ocupación en una tarea de servicio. El trabajo bien acabado, que progresa y hace progresar, que tiene en cuenta los adelantos de la cultura y de la técnica, realiza una gran función, útil siempre a la humanidad entera, si nos mueve la generosidad, no el egoísmo, el bien de todos, no el provecho propio: si está lleno de sentido cristiano de la vida** (2).

Los programas de Midtown se cursan en tres períodos del año. El Programa de Verano, que dura siete semanas, se desarrolla de lunes a viernes durante cinco horas diarias. Entre octubre y diciembre, tiene lugar el de Otoño, que abarca 12 semanas con 2 ó 4 horas de sesiones después de las clases del colegio y los sábados. El Programa de Invierno-Primavera tiene características similares al de Otoño.

El programa más conocido es el de verano. El curso comprende clases sobre materias básicas como Matemáticas, Inglés y Ciencias, seminarios acerca de la orientación profesional, sesiones deportivas, visitas culturales, excursiones y clases de doctrina cristiana. Los chicos proceden de unas cincuenta escuelas



En una de las actividades.



Conferencia organizada por Midtown.

públicas y privadas de la zona. Los resultados son alentadores, pues las estadísticas muestran que el 95 % de los alumnos terminan satisfactoriamente el *high school* y el 60 % realizan luego estudios universitarios.

Cada estudiante tiene asignado un preceptor con el que habla una o dos veces por semana, con el fin de poner en práctica lo que va aprendiendo. Un grupo de graduados y estudiantes universitarios se encarga de esta labor de preceptuación. Muchos de ellos realizan este trabajo voluntariamente. La mitad procede de otros Estados de Norteamérica y algunos incluso de otros países.

Las materias básicas del Programa de Verano están a cargo de profesores que, durante el año, trabajan en diferentes colegios de Chicago. Respecto al coste, los participantes pagan una pequeña cuota, que les ayuda a tomarse más en serio la asistencia a clase. La mayor parte de los gastos se cubren con las contribuciones de empresas y fundaciones diversas.

En paralelo a los cursos para jóvenes existen programas dirigidos a profesores de escuelas de la zona y a padres de familia. Las reuniones con estos últimos sirven para orientarles sobre la educación integral de sus hijos, y lograr así el objetivo formativo de Midtown. Las sesiones con los profesores ayudan a conocer mejor a cada alumno y facilitan su formación continuada.

Midtown celebró en 1988 su veinticinco aniversario. Con tal motivo recibió numerosas felicitaciones. Destacan entre ellas la del Congreso de los Estados Unidos, del Senado del Estado de Illinois, del Ayuntamiento de Chicago y del entonces Presidente norteamericano, Ronald Reagan. El ex Presidente Carter también manifestó su aprecio por la labor de promoción social que se hace en Midtown, en una visita que hizo al Centro. Entre otras cosas la carta que envió el Presidente Reagan el 28 de septiembre de 1988, decía: «Vuestro abnegado esfuerzo ha traído esperanza y éxito a cientos de jóvenes de Chicago durante el último cuarto de siglo. Vuestro trabajo entre minorías desfavorecidas ha permitido que 2000 estudiantes participantes en el Programa Midtown desde 1972 hayan terminado la *high school*, y más del 60 % hayan accedido a la enseñanza superior. Los frutos de vuestra labor han sido experimentados por todos los que han encontrado en Midtown un lugar para renovar la confianza, aguzar el intelecto y cuidar el alma.

Los miembros del Opus Dei tienen una buena razón para estar satisfechos de los logros alcanzados por Midtown. Os habéis ganado una reputación con un trabajo duro, perseverancia y la buena voluntad de santificarse en servicio de Dios y de los hombres».

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 110.
(2) *Ibidem*, n. 166.

Nos escriben

UN PRIMER HIJO

Escribo para dar las gracias y hacer constar la intercesión de Mons. Escrivá en los hechos que paso a contarles:

Al fin estoy embarazada, y digo al fin porque han pasado cuatro años antes de que esto sucediera. Cuatro años de espera y ansiedad, mes tras mes, de pruebas hechas por los médicos hasta que este mes cayó por casualidad en mis manos su revista en casa de mis padres y recé a Mons. Josemaría pidiéndole que intercediera ante Dios por mi marido y por mí, para que nos concediera un hijo, o muchos, porque quiero tener muchos niños, y puedo decir que Mons. Josemaría ha intercedido por nosotros. Yo creo en los milagros y esperaba un milagro porque después de tanto tiempo sólo Dios podía ayudarnos y gracias a Mons. Josemaría que le ha pedido la ayuda para nosotros así ha sido.

Me siento llena de felicidad. Gracias.

T.O.R., Valencia (España). 24-VI-1988

CONSIGUIÓ PLAZA EN LA UNIVERSIDAD

Soy alumna de la universidad de Dar-es-Salam, en la que curso el segundo año de Economía y Ciencias Políticas. Soy ugandesa.

Antes de venir a Dar me concedieron plaza en la universidad de Makerere para hacer Derecho; no me concedieron plaza en la de Dar-es-Salam porque mis notas no fueron muy buenas; me faltaban 0,5 puntos. En la universidad de Makerere me faltaban 0,7 puntos, por lo que estaba muy desanimada y con frustración. Mis padres trataron de consolarme e intentaron que me concedieran plaza en la facultad de Artes para hacer Económicas; esto fue aceptado. Cuando me encontraba en esa situación de depresión encontré en una de las estanterías unos libros sobre Monseñor Escrivá de Balaguer y Albás, y la oración de la estampa para la devoción privada. Empecé a rezarla varias veces al día y mi sorpresa fue grande cuando conseguí la plaza en la universidad de Dar-es-Salam. Estoy muy agradecida por la bendición que he recibido y deseo que su oración me ayude a terminar el curso con éxito, así como los otros planes que tengo. También rezo por mis padres, hermanos y hermanas, abuelos, parientes y por F. Mi llegada a Dar ha traído felicidad a mi vida, que espero continúe, gracias a Monseñor Escrivá.

Harriet Okedi, Dar-es-Salam (Tanzania). 6-III-1989

RECIBIÓ EL BAUTISMO

La mujer de mi sobrino iba a tener un hijo, y el padre decía que no lo bautizaba. Nació una preciosa niña y nada de hablarle de Bautismo. Decía que cuando la niña fuese mayor, si quería bautizarse que se bautizara, pero que ahora no. Cuando la niña cumplió un año, le dije a Monseñor Escrivá: por favor, escúchame, ¿qué tengo que hacer, cómo te lo tengo que pedir? A los trece meses, el padre de la niña dio el consentimiento para que la bautizaran.

R. M. H., Almería (España). 19-VIII-1988

PUDO ELEGIR EL TRABAJO

En abril de 1988, dejé mi trabajo de ocho años para buscar mejores oportunidades. El trabajo que seleccioné para reemplazarlo se demostró insatisfactorio. Me sentía desgraciado y mi esposa y dos hijos empezaron a sentir los efectos de mi creciente desesperación. El dinero empezó a convertirse en un serio problema y comencé a considerar la triste posibilidad de vender nuestra casa. Cuando mi esposa quedó embarazada con nuestro tercer hijo, el acontecimiento fue menos de felicidad y más de dificultad económica. En octubre asistí a un retiro del Opus Dei y me confesé por primera vez en los últimos quince años. Empecé a rezar el Rosario todos los días y a recitar la oración de Monseñor Escrivá varias veces cada día. En diciembre recibí tres buenas ofertas de trabajo en mi especialidad y conseguí elegir el mejor trabajo para hacer frente a mis necesidades económicas y de tiempo. El cambio en mi vida ha sido espectacular. Mi familia y yo estamos muy agradecidos por este acontecimiento milagroso y esperamos con enorme ilusión el nacimiento de nuestro nuevo hijo. Quedo muy reconocido al Opus Dei y siento sincera gratitud hacia Monseñor Escrivá por su bendita intercesión.

Wilhan A. Bapat (Estados Unidos). I-1989

ENTRÉ EN EL CONVENTO

He trabajado en Nairobi desde 1983 a 1988, pero durante todos esos años mi situación era desesperada. Tengo una lista de favores que he recibido a través de la intercesión de monseñor Escrivá. Empecé a rezar a través de Escrivá cuando fieles de la Sección femenina del Opus Dei me invitaron a un retiro, retiros mensuales y meditaciones en Watani Hostel en Nairobi, cerca de Kibondeni. Recé al Siervo de Dios monseñor Escrivá para que intercediera delante de Dios para que pudiera entrar en un convento y dedicarme a ser monja. Todo ha salido muy bien y ya he entrado en la congregación, el día 26 de julio de 1988. Ahora soy aspirante y todavía sigo rezando a través de monseñor Escrivá para que me muestre, me enseñe y me ayude a llevar una vida santa en el convento. Desde entonces acudo con frecuencia a su intercesión. Estoy convencida de que todo esto se debe a monseñor Escrivá. No dudo de que es un santo y que pronto será canonizado. Les pido que me sigan enviando la Hoja informativa.

Mary Njambi Mungai, Meru (Kenia). 31-V-1989

¡PERO, YO VIVO!

He recibido muchas gracias de Josemaría Escrivá. Precisamente él ha sido mi patrono en situaciones graves y sin esperanzas. Gracias a su intercesión, mi vida marcha bien y ha mejorado. Soy viuda, con dos niños (de 15 y 16 años), tenía muchas dificultades y problemas. Estoy muy enferma, sin posibilidad médica de curarme; los médicos me han dicho que me quedan algunos días de vida. ¡Pero yo vivo! Han decidido que ha sido un milagro.

Estoy rezando a Josemaría Escrivá, pidiendo por su beatificación.

Halina Rzeszutko, Zielona Gora (Polonia). 1988

NI SIQUIERA UN RASGUÑO

Pasó hace mucho tiempo y no he escrito hasta ahora. Desde 1984 perdí mi trabajo y poco después enfermé. Pero el 26 de octubre sucedió un milagro y debo hacérselo saber.

Después de la muerte de mi mamá pasé mucho tiempo triste. Mis amigos, queriendo alegrarme, me invitaron a una excursión a Guayaguayare. Yo no participo ordinariamente en estas actividades, pero, para complacerlos, acepté y fui con tres de mis cuatro hijos.

En el camino me puse nervioso ya que en un momento me dio la impresión que el conductor había perdido el control del taxi, así que saqué la estampa a Mons. Josemaría y empecé a rezar la oración. Había empezado a rezar el Ave María cuando el «maxi-taxi» se salió de la carretera dando tumbos. Todos nos llenamos de pánico. Esto me pareció que duró una eternidad hasta que el taxi se detuvo.

Cuando pudimos bajarnos del «maxi-taxi», vimos que estaba sobre un costado con todas las ventanas rotas y la carrocería muy abollada. Sin embargo, ninguno salió herido, ni siquiera un rasguño. Esto era milagroso.

Había muchos niños en el «maxi-taxi». Pienso que Dios guió al taxi con sus manos todopoderosas. También sé que fue por la intercesión de Mons. Josemaría que nos salvamos.

Aún continúo usando la estampa. Aunque sigo sin trabajo, sé que con su intercesión conseguiré algo pronto.

Florence Adams, Trinidad Tobago

UN NUEVO TRABAJO

El 31 de mayo del año en curso, en la Empresa en que trabajaba, por razones internas, debería presentar mi renuncia, después de haber laborado en ella por espacio de catorce años. Como Uds. comprenderán, siendo padre de tres hijas de colegio, la situación era preocupante.

Para Semana Santa, fui a un retiro espiritual, y a rogar por la pronta solución de mi problema. Me encomendé a Mons. Josemaría, y en forma bastante jocosa, le solicité: «mi amigo, nuestro lema es la Santidad en el Trabajo, ¿cómo yo puedo tratar de ser santo, si no tengo trabajo?». A la salida de la Iglesia me encontré con un amigo el cual no veía hace tiempo, y además no tenía bastante confianza como para solicitarle un favor de la magnitud del que yo tenía, pero al conversar con él y al verme preocupado, me preguntó qué me pasaba, le contesté en forma muy cortante, el cual me indicó que no me preocupara y que tuviera fe y confianza en Dios.

Al día siguiente, este amigo me llamó para indicarme que me había propuesto como Director Gerente de un medio de difusión, lo cual acepté y estoy feliz. No me cabe ninguna duda que Mons. Josemaría me escuchó, y me ayudó, y todos los días, al leer sus escritos, le doy gracias, y mi compromiso es el de cumplir mis obligaciones de católico.

Patricio Urrutia Barros, Concepción (Chile). 21-VI-1988

Mi marido A.F.P. falleció el día 3 de febrero de este año, a causa de un edema pulmonar. Era diabético y, además, sufría una insuficiencia renal grave y progresiva.

Hacia muchos años —muchísimos— que no practicaba, aunque, como creyente, respetaba la fe católica y siempre se demostraba considerado con mis prácticas piadosas y todo lo referente a lo religioso.

Yo, y mi hermano —que es de la Obra— estábamos muy preocupados por su salvación eterna, y nos propusimos hacer varias novenas al fundador del Opus Dei, con una estampa suya.

Pocas semanas antes de abandonar este mundo, su estado se agravó por lo que fue preciso internarlo de nuevo en un centro hospitalario.

Al preguntarle un día si quería confesarse y comulgar dijo sin titubeos —con asombro por nuestra parte— que sí. «Ahora mismo», contestó.

En efecto, se confesó, comulgó y se le administró la Santa Unción. A los pocos días, desahuciado por los médicos, regresamos a casa donde falleció cristianamente como había sido siempre mi deseo y mi única preocupación.

Seguro que el Siervo de Dios intercedió para cambiar tan súbitamente de postura, y que nuestras novenas fueron escuchadas.

En agradecimiento hice una aportación importante a una obra apostólica.

M. M. V., Barcelona (España). 30-VIII-1988

Doy infinitas gracias a Nuestro Señor Jesucristo en virtud de que por intercesión del Padre Josemaría Escrivá de Balaguer, al cual solicité su valiosa ayuda, ya que me encontraba sin trabajo y teniendo que mantener mi familia de 2 hijos y mi esposa embarazada esperando otro hijo. Teniendo ya arreglado mi trabajo hago patente mi acción de gracias. Como testimonio de mi agradecimiento.

**Humberto Márquez López y Encarnación de Díaz,
México. 12-X-1988**

Estoy rezando cada día a Josemaría Escrivá —y ya he recibido muchas gracias— a causa de mi parálisis. Ésta se va poco a poco y consigo ya caminar, incluso mi brazo izquierdo comienza ya a moverse. Hace ya un tiempo, tenía también problemas con el corazón, he colocado la estampa con la oración a Josemaría Escrivá donde sentía el dolor y no lo he notado más.

Muchas gracias por estas gracias. Pediré por otras.

Malgorzata Alichniewioz, Tuchola (Polonia). 1988

He recibido el siguiente favor (milagro) a través de la intercesión de Monseñor Josemaría Escrivá. El domingo pasado mi prima (una chica joven) se puso enferma de repente y fue internada en el hospital. Diagnosticaron una piedra en el riñón. Recé a Monseñor Escrivá y le pedí que la curara. Al día siguiente estaban a punto de llevar a mi prima a la sala operatoria, pero antes decidieron repetir el examen por rayos X. No indicaba nada, la piedra había desaparecido. Estoy convencida de que fue un milagro hecho por Monseñor Escrivá. Siempre le rezaré.

Maureen O'Connor, Galway (Irlanda). 29-IX-1988

Quiero manifestarles un favor obtenido por la intercesión de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer.

Mi papá enviudó hace 28 años. Desde hace 16 años vivía en concubinato. Su mujer quería casarse por la Iglesia, pero él, aunque no tenía ningún impedimento, no quería ni que le hablásemos de eso, a pesar de que con mi mamá sí había contraído matrimonio eclesiástico. De esta segunda unión habían nacido dos hijos, de 9 y 14 años.

El 15 de junio de este año comenzó a presentar unas molestias urinarias. Fue visto por un primo mío, urólogo, y rápidamente le hicieron todos los exámenes. El diagnóstico fue de un tumor renal inoperable. Un mes después le encontraron metástasis en el pulmón, y posteriormente en el cerebro. A él no se le comunicó de momento la gravedad de su enfermedad, seguía haciendo una vida casi normal.

Yo estaba muy angustiada. Mi papá no practicaba desde hacía mucho, pero era un hombre bueno. Le pedí mucho a Dios que se acercara a los sacramentos, pero no sabía cómo ayudarlo. Fue en ese momento cuando una amiga me dio una estampa de Mons. Escrivá, a quien yo no conocía. Inmediatamente comencé a hacerle una novena, con mucha fe. Siete días después, sin que nadie le hubiera tocado el tema, me dijo que sabía que estaba enfermo y que quería arreglar todas sus cosas, que estaba dispuesto a casarse. A pesar de todos los papeles que hay que sacar, en el transcurso de una semana pudo hacerlo todo: se confesó, comulgó, se casó por la Iglesia. Desde ese momento cambió mucho: siguió asistiendo a Misa los domingos con sus hijos menores y llevaba con paciencia y alegría su enfermedad, le ofrecía sus molestias a Dios, e incluso nos animaba a los demás.

En octubre ingresó al hospital donde yo trabajo como secretaria por un cuadro convulsivo. Al recobrar el conocimiento pidió confesarse y recibió la comunión y la unción de los enfermos. A partir de ese momento quedó hospitalizado. Un mes después le pusieron de nuevo la extremaunción antes de que cayera en estado de coma; en esa ocasión el sacerdote pudo también administrar los sacramentos a otro paciente que compartía su habitación y que murió a los pocos minutos.

Mi papá falleció el 30 de noviembre. A pesar del gran dolor que sentimos, damos gracias a Dios que le dio tiempo a rectificar su vida y a purificarse antes de llevárselo, gracias a la intercesión de Mons. Escrivá de Balaguer.

X.X., Caracas (Venezuela). 8-I-1988

En marzo de 1987, mi esposa, se hizo daño en los músculos superiores del brazo derecho. Aunque recibió tratamiento, los problemas derivaron en un encogimiento de la cápsula de unión del hombro, que quedó inmobilizado, con sólo un diez por ciento de movilidad. En la primavera de 1988, ella tenía continuos dolores y molestias. Un día noté la estampa del Siervo de Dios y pregunté: ¿cómo ha llegado esto hasta aquí? Ella dijo que como último recurso estaba usando la oración de la estampa para que le concediera al menos poder dormir bien una noche. Comentó que esa noche había sido la primera en seis meses que había dormido de un tirón. Mi mujer continuó con la terapia y con el uso diario de la oración de la estampa. Pronto mi esposa comentó que su capacidad de movimiento había aumentado y el dolor disminuído. Tanto ella como yo estamos agradecidos por la intercesión de Monseñor Escrivá a través del rezo de la oración de la estampa. Al cabo de unos sesenta días, desde la primera vez que rezó la estampa, mi mujer casi tenía pleno uso del hombro y brazo derechos. Ahora utiliza a diario la oración de la estampa para dar gracias.

Everett Geshe (Estados Unidos). 23-VII-1988

Los originales de estos relatos, con los nombres y direcciones de quienes escriben, se conservan en el Archivo de la Postulación de la Causa.

- Camino** «Mons. Escrivá ha escrito algo más que una obra maestra: escribió sacando inspiración de su propio corazón, y al corazón llegan también los breves párrafos que forman el *CAMINO...*» (*L'Osservatore Romano*, 24-III-1950).
La primera edición de este libro es de 1934, con el título de *Consideraciones espirituales*. Hoy son ya 230 ediciones, en 38 idiomas, y 3.531.222 ejemplares.
- Santo Rosario** Libro de meditaciones sobre cada uno de los quince misterios de la vida de Cristo que se contemplan al rezar el Santo Rosario.
La primera edición es también de 1934. Desde entonces han aparecido 86 ediciones, en 18 idiomas, y 546.769 ejemplares.
- Conversaciones** En *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, el Fundador del Opus Dei contesta por escrito a las preguntas formuladas por varios periódicos y revistas de diferentes países.
La primera edición es de 1968. Se han publicado 46 ediciones, en 7 idiomas, y 308.820 ejemplares.
- Es Cristo que pasa** El libro recoge algunas homilias que ofrecen una profunda y sugestiva exposición de la doctrina y vida cristiana. Prólogo de Mons. Álvaro del Portillo, actual Prelado del Opus Dei.
La primera edición es de marzo de 1973. Han aparecido ya 63 ediciones, en 11 idiomas, y 379.961 ejemplares.
- Amigos de Dios** Recopilación de otras 18 homilias, en las que el autor toma las virtudes cristianas como hilo conductor de su entrañable coloquio filial con Dios. Prólogo de Mons. Álvaro del Portillo.
Ha sido publicado en 1977 y actualmente cuenta con 40 ediciones, en 7 idiomas, y 283.531 ejemplares.
- La Abadesa de las Huelgas** Un penetrante estudio teológico-jurídico, a partir de las fuentes y documentos originales, sobre el caso extraordinario de jurisdicción cuasiepiscopal por parte de la abadesa del famoso monasterio burgalés.
La primera edición se publicó en 1944. La segunda es de 1974. Y se ha publicado una tercera en 1988.
- Vía Crucis** Obra de Mons. Escrivá, fruto de su contemplación de las escenas de la Pasión del Señor.
La primera edición se publicó en febrero de 1981. Se han hecho 36 ediciones, en 10 idiomas, y 249.115 ejemplares.
- Surco** «Al igual que *Camino* (...), *Surco* es fruto de la vida interior y de la experiencia de almas de Mons. Escrivá» (del prólogo de Mons. Álvaro del Portillo).
La primera edición se publicó en octubre de 1986. Se han hecho 26 ediciones, en 7 idiomas, y 281.237 ejemplares.
- Forja** La última obra publicada, *Forja*, «es un libro de fuego, cuya lectura y meditación puede meter a muchas almas en la fragua del Amor divino, y encenderlas en afanes de santidad y apostolado, porque éste era el deseo de Mons. Escrivá» (del prólogo de Mons. Álvaro del Portillo).
La primera edición se publicó en octubre de 1987. Se han hecho 15 ediciones, en 6 idiomas, y 220.319 ejemplares.

ORACIÓN

para la devoción privada

Oh Dios, que concediste a tu siervo Josemaría, sacerdote, gracias innumerables, escogiéndole como instrumento fidelísimo para fundar el Opus Dei, camino de santificación en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano; haz que yo sepa también convertir todos los momentos y circunstancias de mi vida en ocasión de amarte, y de servir con alegría y con sencillez a la Iglesia, al Romano Pontífice y a las almas, iluminando los caminos de la tierra con la luminaria de la fe y del amor; dignate glorificar a tu siervo Josemaría, y concédeme por su intercesión el favor que te pido... (pídase). Así sea.

Padrenuestro, Avemaría, Gloria.

De conformidad con los decretos del Papa Urbano VIII, declaramos que con esta *Hoja informativa* en nada se pretende prevenir el juicio de la Autoridad eclesiástica, y que la oración no tiene finalidad alguna de culto público.

Agradecemos las numerosísimas cartas que nos llegan. Son testimonio de la devoción privada con que tantas personas, en todo el mundo, rezan a Dios Nuestro Señor, poniendo por intercesor a Mons. Escrivá de Balaguer. En esta *Hoja informativa* reproducimos solamente, por exigencias de espacio, párrafos de algunas, que refieren sucesos importantes o anécdotas sencillas.

También agradecemos —ante la imposibilidad de hacerlo nominalmente— las limosnas que nos mandan para colaborar en los gastos de edición y distribución de esta *Hoja informativa*, y para ayudar al desarrollo de las obras apostólicas promovidas por el amor a las almas de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer.

Esta *Hoja informativa* se distribuye gratuitamente. Quienes deseen ayudar, con sus limosnas, a los gastos de edición y envío de esta publicación, pueden mandar esos donativos a la *Vicepostulación del Opus Dei en España*, por giro postal o por transferencia a la c/c. número 882000-9 del Banco de Bilbao Vizcaya, Agencia Urbana de la calle de Velázquez, 97, 28006 Madrid.

Agradeceremos a nuestros lectores que nos remitan los nombres y las señas de las personas a las que piensen que les agrada recibir esta *Hoja informativa* o estampas con la oración para la devoción privada.

VICEPOSTULACIÓN DEL OPUS DEI EN ESPAÑA. Diego de León, 14. 28006-Madrid

Esta HOJA INFORMATIVA se publica con censura eclesiástica de la Congregación para las Causas de los Santos.